

El positivismo latinoamericano

Positivismo y modernismo: encuentros y desencuentros

De sobra es sabido que cualquier forma de pensamiento bien valorada tiene su consolidación o aplicación correspondiente en la ciencia, la literatura o el arte. El platonismo nos dio una literatura española «neoplatónica» espléndida en nuestro Siglo de Oro. Pero también es verdad que son muchas las veces en que un pensamiento original, una filosofía, va tomando, en generaciones sucesivas, diferente cariz, deformándose muchas veces su esencia, mal interpretándose o aplicándose al propio interés social. El positivismo se aplicó al arte, a la ciencia y a la realidad política y social pero fue perdiendo el sentimiento exaltador e idealizador que le habían dado sus fundadores. Además, en América Latina no fue interpretado de la misma manera que en Europa, porque, en un principio, las realidades eran del todo diferentes. Al positivismo europeo pertenece una burguesía liberal interesada en el progreso social e industrial. En América Latina, por contra, más que un método científico fue una ideología que supuso el «desmantelamiento de la metafísica y la religión de las conciencias»¹. Fue la tabla de salvación de un continente que, desesperadamente, buscaba cómo progresar e ingresar en la civilización². Fue el método al que se acogió un continente que pretendía partir de cero, sin previa experiencia, borrando un pasado de servidumbre. Así el positivismo, en esencia, es un proyecto de civilización y de regeneración que pretende al mismo tiempo borrar el pasado heredado y transformar la realidad presente. Sobre ello tratarán Mora, Sarmiento o Alberdi. Y Bilbao declarará:

¹ Véase Octavio Paz, «Traducción y metáfora», en la edición de Lily Litvak, *El modernismo* (Madrid: Taurus ediciones, 1975), p. 105.

² Declara Sarmiento: «La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos». Sarmiento, «Carta a Francisco P. Moreno», *Pensamiento positivista americano* (Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1980), p. 139.

Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad. ¡Esclavitud, degradación... He aquí el pasado!³

Las causas de su retraso, por tanto, las atribuyen, en gran medida, a la herencia hispánica que, en vez de introducir la virtud del trabajo (como sí hizo la civilización yanqui), introdujo la cruz y la holgazanería. A tal estado de cosas se opondrán los positivistas mediante un canto al trabajo —canto dariano y martiano—, una reforma mental y la irreligiosidad.

El 16 de septiembre de 1867 nace la doctrina del positivismo en México, a través de *Oración cívica* de Gabino Barreda. Su lema será «por el Orden, la Libertad y el Progreso» (el de Comte es «Amor, Orden y Progreso», pues niega el principio del liberalismo). Barreda propone trabajar «por la educación científica en la libertad», y para ello expone un programa educacional. Los positivistas buscan, con ahínco, reformas y revoluciones mentales que acaben con el catolicismo barato y el feudalismo (servidumbre). Del retroceso al progreso, de la barbarie a la civilización a través de ciertas reformas en el campo educativo, pues de lo que se trata es de que haya un cambio de mentalidad (el krausismo propugnaba exactamente lo mismo: la regeneración de esa España agónica de fin de siglo). Los positivistas son regeneracionistas que entienden que sólo el conocimiento científico de la realidad permite la transformación de ésta. A través de la educación se librarían de la herencia colonial, se desespañolizarían. Esa búsqueda de la emancipación mental tendrá su correlato en la búsqueda de la emancipación literaria con el modernismo. Las pretensiones de los positivistas iban tan lejos (¿y no eran idealistas?) como fundar un nuevo orden (reorganizar sus sociedades) destruyendo lo heredado, el orden colonial impuesto. Los instrumentos de los que se valdrían para su consecución serían la inmigración y la educación. Plantar, aclimatar en América Latina la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa. Este contagio se impone, también, en lo literario y de ello es ejemplo el modernismo. El cruzamiento de razas que pregonan los ideólogos es el cruzamiento literario que propugna Manuel Gutiérrez Nájera⁴, es el cosmopolitismo literario tan afín al modernismo y que defienden, por ejemplo, y aunque de forma diferente, Darío o Martí.

El positivismo actuaría sobre todo en la educación —como el krausismo—, en la política y en la religión, generando profundos cambios ideológicos. Hay un positivismo religioso («Religión de la Humanidad» que tiene su base en la fe demostrada en lugar de la fe revelada); un positivismo político un tanto complicado por las distintas doctrinas personales, a veces contradictorias entre ellas mismas; y un positivismo educacional, pedagógico,

³ *Ibid.*, XXI.

⁴ Podría, perfectamente, establecerse un paralelismo semántico entre la declaración de Juan Bautista Alberdi acerca de la europeización de América, en sus Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, y el artículo de Gutiérrez Nájera sobre «El cruzamiento en la literatura», *Obras, Crítica literaria*, I (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959).

como el que postularían Sarmiento o Varela. El positivismo desplazaría a las escuelas espiritualistas como la krausista.

La crítica del positivismo a la religión y a la ideología tradicional motivó el desgarramiento espiritual que acusaron los modernistas. Imposible expresar de forma mejor que Martí el fruto de esas vertiginosas transformaciones ideológicas, sociales y políticas. En el prólogo que hiciera al poema del *Niágara* de Bonalde, Martí prevé una época de crisis de la cultura europea y estadounidense. Anuncia el desmoronamiento de los valores tradicionales, el desgarramiento espiritual, el vacío existencial y el desahucio de los nuevos escritores, los raros, frente a la sociedad. Con esos adjetivos tan del gusto modernista describe dicha época de la siguiente manera:

Suspensa, pues, de súbito, la vida histórica; hartos nuevas aún y hartos confusas las instituciones nacientes para que hayan podido dar de sí —porque a los pueblos viene el perfume como al vino, con los años— elementos poéticos; sacadas al viento, al empuje crítico, las raíces desmigajadas de la poesía añeja; la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna⁵.

Señala Paz cómo el modernismo sería la respuesta americana, la necesidad espiritual ante el vacío dejado por el positivismo. En España, sin embargo, no se buscaba un cambio urgente, puesto que el krausismo, imperante en ese tiempo, era un sucedáneo de la religión (deísmo racionalista). Por ello, posiblemente tardó más en arraigar el modernismo. En España tampoco la Ilustración dismanteló a la religión de la misma manera que en el resto de Europa. No había, por tanto, una imperiosa necesidad de buscar una creencia sobre la que vivir.

Entre los principios sobre los que se asienta el positivismo descuellan el de la absoluta libertad (si bien el ortodoxo comtiano se guía por el lema de «Orden para la libertad», aunque sea de forma tiránica, y caso representativo es el de Porfirio Díaz, «el tirano honrado»); o el de la separación Iglesia-Estado. El positivismo abogó por la libertad, y caso claro es el de Cuba. Por su libertad trabajaron intelectuales como Varona, de la Luz y Caballero o Varela (Martí, otro libertador, fue, también, en sus inicios, positivista).

Positivismo y modernismo

Son más los aspectos que separan al modernismo del positivismo que los que les unen. De hecho, el modernismo parece surgir como una protesta contra el panorama desolador que el positivismo había dejado. El modernismo se une al espiritualismo y al subjetivismo (acercándose a Croce⁶) de la lengua como una reacción contra el cientificismo y el positivis-

⁵ José Martí, *Obras Completas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975), t. 7, p. 229.

⁶ Existe una similitud de criterios entre Benedetto Croce y los modernistas por lo que respecta a la valoración del conocimiento intuitivo y de la expresión. Los modernistas identifican lengua y expresión espiritual en tanto el positivismo se contenta con «conocer la lengua, no en su fluencia, sino en su estado». En el modernismo el lenguaje será el supremo agente de la creación poética. Para Croce el placer o la excitación artística proviene de nuestra imaginación.

mo. Parece difícil, por tanto, que puedan conjugarse estas dos tendencias, la que postula la exaltación del genio, el instinto, la fantasía o la imaginación, con la que se ciñe a la concepción científica. Es evidente que los modernistas buscaban una visión más amplia que la pragmática propia de la corriente realista y positivista⁷. Es cierto que los modernistas de lengua española protestaron contra el positivismo y el cientificismo, contra los dogmas y convenciones sociales y contra la exigencia de dar a todo una explicación racional⁸. Es cierto que, como define Octavio Paz, y hemos ya indicado, el modernismo fue la respuesta al positivismo, la «crítica de la sensibilidad y el corazón —también de los nervios— al empirismo y al cientificismo positivista»⁹. Sin embargo, el modernismo —difícil de definir por su esencia proteica, cambiante, múltiple y heterogénea— congrega estéticas disímiles. No es de extrañar que asimilara, pues, ingredientes del positivismo. Dicha «ideología» fue, si no imprescindible para la configuración del modernismo, más importante que lo que se ha venido creyendo. La renovación (de forma y de idea) es connatural al modernismo y dicha renovación sólo podía entenderse en el sentido de progreso; progreso que el positivismo europeo se encargó de fomentar. Así, a pesar de que el modernismo no podía comulgar con un arte industrializado, burgués, mediatizado por el poder económico, realista-naturalista, útil y práctico, en definitiva positivista, de dicha filosofía tomó más rasgos de los que a primera vista parece. Además, como se pregunta Rodó, ¿no fue el positivismo quien frenó tanto abuso indiscriminado que el mal romanticismo había hecho del sentimiento? El modernismo habría aprendido bien la lección.

Rodó, uno de los ensayistas y pensadores más fecundos de América Latina, fue de los primeros que vislumbró tales relaciones entre positivismo y modernismo. En su ensayo sobre *Rubén Darío* (1899), incluido en *Obras Completas* (1967), se reconoce modernista definiendo dicho movimiento en los siguientes términos:

No creo ser adversario de Darío. Yo soy un modernista también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.

Y en *Rumbos Nuevos* manifiesta la importancia que la filosofía positivista tuvo en generaciones posteriores:

La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del

⁷ Introducción de Andrew P. Debicki y Michael J. Dou-doroff a *Rubén Darío*. Azul. Prosas profanas (Madrid, Alhambra, 1987), pp. 5 y 6.

⁸ Ricardo Gullón, *El Simbolismo. Soñadores y visionarios* (Madrid, J. Tablate Miquis ediciones, 1988), p. 17.

⁹ Véase *Los hijos del limo* (Barcelona: Seix Barral, 1974), p. 115.

hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación¹⁰.

Ferran Fullà, concediéndole poco valor al positivismo —lo define por su visión estrecha y reduccionista que vino a empobrecer el pensamiento científico—, estudia la influencia que ejerció el modernismo sobre la ciencia y el de ésta sobre aquél. Por lo que respecta a la influencia del modernismo sobre la ciencia, señala cómo dicho movimiento se opuso a unas ideas y estructuras arcaicas que frenaban el despliegue científico. También fomentó el arraigo al país y, por tanto, el estudio sistemático de éste en todos los aspectos. La influencia de la ciencia sobre el modernismo se hace evidente, señala Ferran Fullà, en la cantidad de poemas que cantan las excelencias de la ciencia. Y culmina:

Ara, si volem trobar la traça més perdurable d'aquesta influència hem de mirar cap al bagatge cultural popular. De llavors ençà, Darwin és el prototip del científic per a una gran part de la població i la lluita entre evolucionisme i integrisme religiós ocupa tot l'espai de l'oposició entre materialisme i idealisme, fins al punt que, encara avui, hi ha molta gent de més de 30 anys que cita Darwin com a partidari del progrés material de la societat, contraposant-lo a l'església i a ... Marx, o a Marx i Nietzsche!, com a partidaris del progrés moral¹¹.

Modernistas y krausistas fueron positivistas en no pocos aspectos¹². Arturo Andrés Roig comenta cómo hubo dos épocas en el krausismo, una primera en que se enfrentó al positivismo y otra en que intentó asimilarlo, denominándose época del krausopositivismo¹³. Igual sucedería con muchos modernistas que, a pesar de ser seguidores del espiritualismo, aceptaron cánones de la filosofía utilitaria. Gutiérrez Girardot expone con claridad las coincidencias de principios entre el positivismo materialista y el krausismo espiritualista que tienen su explicación en las coincidencias entre Hegel, del que Krause fue epígono, y Comte. La secularización del siglo XIX supuso una «sacralización del mundo». Señala:

Y nada muestra tan patentemente esta sacralización del mundo como los «principios de fe» que rigieron estas dos tendencias y las metas que se propusieron: la fe en la ciencia y en el progreso, la perfección moral del hombre, el servicio a la Nación¹⁴.

Secularización, profanación o «sacralización» en que se formará la lírica moderna (el Baudelaire de «Les litanies de Satan», de *Les fleurs du mal*, el Darío de *Prosas profanas*, mientras Manuel Machado o Julián del Casal, por ejemplo, mezclan lo sagrado y lo profano, lo místico y lo hereje, lo oculto con lo palpable y positivo).

Contra el integrismo religioso lucharon el positivismo, el krausismo y, posteriormente, el modernismo, caracterizados los tres por su espíritu crítico. Ese proceso de secularización se había iniciado en el siglo XVIII con la Ilustración, que ya intentó refutar nociones tradicionales, tenidas por

¹⁰ Rumbos nuevos, *Obras Completas* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1956), p. 37.

¹¹ Ferran Fullà, «Ciència, la cara oculta del modernisme», *El País* (24 de junio de 1993), n.º 558, pp. 1-3.

¹² Un caso es el de José Martí que, en general, valoró bien el positivismo. Tratando el tema de la ignorancia que se cierne sobre los pueblos propugnará el fomento del «estudio de las ciencias como vía única para el conocimiento de las verdades». Ob. cit., t. 15, p. 192. El krausismo, por su parte, se manifestará de forma parecida: «Hoy, nuestro ideal en la ciencia es el amor al saber, a la verdad porque es verdad, y no por utilidad o conveniencia». J. López-Morillas, *El krausismo español* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 105.

¹³ Tomado de la edición de Ivan A. Schulman a *Nuevos asedios al modernismo* (Madrid: Taurus Ediciones, 1974), p. 113.

¹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (México, Fondo de Cultura Económica, 1988), p. 50.

¹⁵ El krausismo español, ob. cit., p. 59 y ss. *Es lo que denomina Gutiérrez Girardot el cristianismo racional de los krausistas. Y lo ejemplifica con la siguiente cita de Julián Sanz: «Profesamos, pues, el culto de deber, como ley universal del orden moral, que obliga a todos los hombres, en todo tiempo y por todo lugar, que manda el sacrificio y la propia abnegación ante el bien de la patria y el de la humanidad; el amor a todos los hombres, amigos o enemigos, conciudadanos o extranjeros, pobres o ricos, incultos o cultos, buenos o malos, en suma, la imitación de Dios en la vida, o la realización del bien, de lo verdadero, de lo bello, sólo por obrar bien, no por interés de las consecuencias, ni por la espera del premio, o temor del castigo». Señala Gutiérrez Girardot cómo esta idea se aviene con la del positivista ortodoxo Juan Enrique Lagarrigue, si bien éste se expresa de forma más pragmática. Véase Modernismo. Supuestos históricos y culturales, ob. cit., p. 49.*

¹⁶ Pensamiento positivista latinoamericano, ob. cit., p. 161.

¹⁷ *Ibíd.*, XLV.

absolutas. La desaparición del estado teológico que propone Comte se une con el intento de secularización que propone el krausismo. El krausismo se guía por la religión de la conciencia. Se debe obrar bien sólo por obrar bien y no por interés, temor o recompensa. El krausismo español busca la solidaridad universal propugnando, para ello, la fraternidad de todos los pueblos. El amor a la verdad y al saber son fundamento de su ideario doctrinal. Abogan, como los positivistas, por una moral natural y su fe está fundada en la razón. El krausismo sigue una moral autónoma, no basada tampoco en dogmas inamovibles sino de acuerdo con los dictados de la propia conciencia. Con ello se presupone que el hombre posee libertad de elección. La moral krausista es una moral autónoma y voluntarista. No hay poder superior que el de la propia conciencia. Así, a pesar de abrazar el cristianismo, se irán desplazando hacia una «religión natural». Creen y admiten la evolución religiosa de la humanidad, como indica la siguiente declaración:

La meta de tal evolución es (...) una religión sin dogmas, ni misterios, ni milagros, ni revelaciones, cimentada en el convencimiento de que la razón se basta a sí misma para conocer a Dios y de que el reconocimiento de Dios y de sus propiedades absolutas es la sola religión digna de la humanidad¹⁵.

La lectura del diario íntimo de Jorge Lagarrigue, pensador chileno positivista que abrazó la «Religión de la Humanidad», nos da una idea clara de su concepto religioso, tan alejado, por cierto, de poderse considerar inmoral. En una de las cartas dirigidas a la «Madre» declara:

(...) Gracias a la Religión de la Humanidad, mis progresos intelectuales, lejos de conducirme al desprecio de la patria, no me han hecho sino amarla cada vez más. Vivir para los demás, es decir para la Familia, la Patria y la Humanidad, de ahí nuestra noble fórmula moral que concilia el amor de todos los seres dignificados en ti¹⁶.

Este arraigo a la patria une a krausistas y positivistas. Ambos pensamientos fomentaron la conciencia nacional.

El positivismo practicó una moral cercana a la «teología intramundana». Sin embargo, la crítica que el positivismo hizo de la religión establecida tuvo, también, su réplica. Se le acusó de inmoral y de que sólo había servido para formar anticlericales. «Las generaciones positivistas —indica Ignacio Prudencio Bustillo— se lanzaron al asalto de la milenaria fortaleza —la religión— sin pleno conocimiento, sin estudios previos¹⁷. Y concluye, tajantemente:

Por singular incompreensión, nuestros positivistas de aldea no se volvieron a la investigación científica, sino hacia la ramplonería de la irreligiosidad.

Sea como fuere, los positivistas tenían un sentimiento de la religión práctica que les mantenía en el camino del deber, de la abnegación social y

del amor universal. El krausismo también fusiona el concepto de bondad y de utilidad. El modernismo heredaría del positivismo la formación de un espíritu crítico, la relatividad de juicios y la desmitificación de la religión. Positivistas, krausistas y modernistas se pronunciaron contra el integrismo religioso.

La fe en la ciencia y en el progreso y la «apertura mental» fueron piedra angular del modernismo y del krausismo. El modernismo deseaba incorporar nuevas experiencias, empaparse de culturas ajenas y diversas, buscaba un «amplio conocimiento del arte» e «integrarse al mundo europeo». El modernismo supuso trasiego de bienes culturales entendidos como vastas mercancías. Gutiérrez Nájera, hegeliano, entiende que la literatura debe seguir un proceso de occidentalización, admitiendo la circulación de los valores literarios de cada entidad cultural¹⁸. Así, inserta la literatura en el aparato productivo y de consumo que trajo la modernización y la industrialización de las sociedades latinoamericanas. Modernismo es expansión, comunicación, contagio abierto, un abarcarlo todo (Martí dirá que «conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas»). Hay una pretensión clara de unificar la tendencia cosmopolita con la literatura nacional. Iris Zavala comenta cómo se toma prestado, «pero el empréstito sirve para enriquecer el patrimonio y para transformarlo»¹⁹. Esta nueva mentalidad que pregonaba la influencia del soplo cosmopolita, la expansión individual, la libertad y el anarquismo en el arte es «base de lo que constituye la evolución moderna o modernista»²⁰. El progreso deviene idea puntal de los positivistas. Éstos pretendían crear espíritus activos que arremetiesen contra la chatura ambiental mediante sus esfuerzos intelectuales, y que supieran valorar el trabajo —en palabras de Darío—, como «un medio de tonificarse y de dar expansión al espíritu». La amplitud de cultura es sinónimo de libertad. Se trataba de una cuestión de ideas más que de forma. Es por ello que el modernismo se originó en América Latina buscando, según Darío, quitarse de encima la heredada pereza intelectual. En una visión materialista, tanto Nájera como Martí o Darío entienden que la calidad de la literatura está relacionada directamente con el progreso económico y social del país. El positivismo fue desperezando las conciencias en un canto al trabajo, a la utilidad y al progreso. Rubén Darío refiriéndose al modernismo señala:

En América hemos tenido ese movimiento antes que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego, por nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia²¹.

¹⁸ Señala: «No quiero que imiten los poetas españoles, pero sí quiero que conozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas, siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento». Ob. cit., pp. 103-104.

¹⁹ Iris M. Zavala, ob. cit., p. 18.

²⁰ *Ibid.*, p. 33.

²¹ España contemporánea, ob. cit., p. 36.

Y es que Darío diferencia bien entre ese «inmenso deseo de progreso» que es sinónimo de apertura, renovación, aires nuevos, y el progreso que se ha convertido en sinónimo exclusivo de utilidad²².

La pregunta que flota en el aire durante la segunda mitad del siglo XIX guarda relación con la supervivencia del arte. Ya Hegel en su *Estética* anunciaba la muerte del lirismo. Kant fue el primero que distinguió entre lo útil y lo bello en poesía. Prácticamente todos los escritores, pensadores o intelectuales se preguntaban sobre el servicio y el fin del arte en una sociedad industrializada. Ante los avances científicos e industriales, las letras necesitaban lanzarse a la defensa de su territorio alegando ser imprescindibles para el espíritu. Todos se plantean el problema de la literatura y el arte; todos meditan sobre sus fines (Gautier, Musset, Guyau, Baudelaire, Bécquer, Martí, Nájera, Darío, etc.). El arte, porque debe ir a la par con los tiempos, debe industrializarse, hacerse productivo, mecanizarse, reproducirse, democratizarse²³. Guyau, en *Les problèmes de l'esthétique contemporaine* (1897), se plantea cuál es la finalidad del arte en una época de ciencia positiva. Su propósito es también dar un carácter serio al arte y a la poesía. La cuestión es si el arte morirá para ceder su sitio a la ciencia, que es la obsesión del siglo. Se pregunta Guyau sobre las relaciones antagónicas entre el arte y la industria moderna; entre el espíritu científico y la imaginación, el instinto espontáneo del genio o el sentimiento y, concluye, afirmando que el arte debe producirnos el mismo gozo que nos produce la ciencia. Y el gozo más grande que nos puede dar la poesía es penetrar en lo impenetrable, es el placer de entender lo que no puede saberse²⁴; como Baudelaire, hundirnos «au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!»²⁵.

²² Dirá Darío: «El progreso moderno es enemigo del ensueño y del misterio, en cuanto a que se ha circunscrito a la idea de utilidad». *Ibid.*, p. 168.

²³ Bécquer, en un artículo de 1870 publicado en *Madrid Moderno*, lo analiza de la siguiente manera: «El Arte recibe siempre vida de su íntimo consorcio con los hábitos y las ideas del periodo que atraviesa. En otras épocas recibió aliento y se adaptó a la forma de la sociedad en que había nacido, y se desarrollaba tradu-

ciendo los símbolos cristianos, prestando su magia al ostentoso culto católico, o enriqueciendo las severas estancias de los reyes y magnates. Al desvanecerse aquella sociedad, que estribaba en círculos jerárquicos; al debilitarse en cierto modo la fe religiosa, al menos en cuanto se refiere al culto externo, el arte entró en un periodo difícil; del cual todavía no ha salido por completo, aun cuando se ve el camino que ha de conducirle a otra manera de ser. En efecto, si bien sustrayéndo-

se en cierto modo a las severas reglas estéticas a que un tiempo vivió sujeto, se observa en él la tendencia a generalizarse, apoderándose de la industria, multiplicando hasta el infinito los objetos que produce y descendiendo de la olímpica altura en que se mecía, para filtrarse por todas las clases de la sociedad, a las cuales lleva, como un impulso regenerador, las nociones de buen gusto y la aspiración a lo bello.»

²⁴ «Comprendre et pénétrer, tout au moins mesurer des yeux la profondeur

de l'impénétrable et de l'inconnaissable, tel est le plaisir le plus haut que nous puissions trouver dans la poésie, et ce plaisir est tantôt scientifique, tantôt philosophique». M. Guyau, *Les problèmes de l'esthétique contemporaine* (Paris: Félix Alcan, Editeur, 1897), p. 166.

²⁵ Baudelaire, *Poesía completa*. Edición bilingüe (Barcelona: Libros Río Nuevo, 1986), p. 374. Matthew Arnold entiende que la poesía frente a la industria o la ciencia nos da el sentido íntimo de las cosas.

Asistimos a las batallas dialécticas entre positivismo y espiritualismo en una época en la que impera la ciencia positiva. Se preguntan sobre la utilidad de la poesía frente a la de la industria. Positivistas, krausistas y modernistas responden de forma distinta. Según el positivismo, el arte debe tener una función o utilidad, cantar a la patria o al progreso. Los modernistas, por contrá, prefieren la exaltación de la imaginación, la fantasía y el misterio, rebelándose contra el arte dirigido y de contenido. Al progreso opondrán el ocultismo, la anarquía, la creencia en las ciencias ocultas. El arte, opinan, no es útil; sólo hay que buscar en él el gozo estético y no su sentido moral. El progreso moderno, sentencia Darío, «es enemigo del ensueño y del misterio, por cuanto se ha circunscrito a la idea de utilidad»²⁶. Pero también está convencido de que la poesía no morirá, pues hay un infinito ignorado por siempre. El valor absoluto, siguiendo la estética modernista, reside en lo sensorial y bello y, por tanto, la imaginación y la sensibilidad se lanzan contra la visión mimética de la realidad. Los modernistas, por tanto, se enfrentan a las teorías realistas positivistas que parten de la idea de que el arte debe tener una función práctica y positiva.

Pero hay otra cara del modernismo más borrosa que propugna una concepción moral y útil del arte. Así, por ejemplo, Nájera, tan clasificado por la crítica de esteticista puro, a pesar de criticar el materialismo en el arte, valorará las letras por sus virtudes prácticas²⁷. Martí entendería que el sentido utilitario de la poesía radica en la necesidad espiritual que de ella tiene el hombre²⁸. Las dos posturas, la esteticista y la moral, se atisban también en Baudelaire, Darío, Rodó o Lugones y, por supuesto, en los krausistas. Giner de los Ríos considera utilitaria cualquier obra bella porque satisface necesidades superiores del espíritu. Y es que los krausistas están convencidos que en la belleza se dan unidas la verdad y la bondad. Para los modernistas, en definitiva, la poesía es útil también para el espíritu, y a través de ella se acercan a la vida.

Mercedes Serna Arnáiz

²⁶ Ob. cit., p. 168.

²⁷ Refiriéndose a la poesía de Zorrilla, declara en 1889: «Pero esta poesía —pregunto yo— ¿ha servido de algo en la evolución de España? Ya sé que el artista no está obligado más que a realizar la belleza, y por eso celebré que se tributen honores a Zorrilla; pero el artista que, realizando la belleza, persigue a la vez una idea social; el que impulsa a los pueblos en el camino del progreso; el que sabe animar a los soldados en la lid, como los animaba el canto de Tirteo, ése es más grande... ése es Guillermo Prieto». Ob. cit., p. 357.

²⁸ Se pregunta: «¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma. Véase José Martí, ob. cit., t. 13, p. 135.